

¿Qué pide Dios de nosotros?

«Queridos hermanos, aunque hablamos así, con respecto a ustedes estamos convencidos de cosas mejores, que tienen que ver con la salvación».

Hebreos 6: 9, RVC

¿Nos hemos preguntado alguna vez qué espera Dios de cada uno de nosotros? ¿Para qué nos llamó? Dios nos ha perdonado y otorgado la salvación gracias al sacrificio de su Hijo Jesús, y en gratitud a esa salvación debemos colaborar con el Señor en la predicación del evangelio.

No olvidemos que ese fue el mandato dado por Jesús antes de ascender al cielo. ¿Pero cómo vamos a cumplir con esa responsabilidad? Sin duda alguna, tratando de mejorar cada día y no olvidando para qué existimos. Por eso, el apóstol Pablo expresó también estas bellas palabras: *«Y yo de buena gana gastaré todo lo que tengo y aun a mí mismo me gastaré en bien de ustedes. Si yo los quiero más y más, ¿me amarán ustedes cada vez menos?»* (2 Cor. 12: 15, DHH).

Como el apóstol Pablo, debemos hacerlo con gozo y alegría, pues cada día estamos más cerca del final de todas las cosas. Las señales anuncian la pronta venida de Jesús, y si cada uno se propone participar en la predicación del evangelio, muchas almas podrán conocer a Jesús y vivir con esa bendita esperanza.

Todos podemos colaborar sin importar las circunstancias en que nos encontremos, como dice el himno: «Nunca esperes el momento de una gran acción, ni que pueda lejos ir tu luz, tus pequeños actos pueden ser

de bendición, brilla en el sitio donde estés» (*Himnario Adventista*, n.º 502).

El tiempo se está terminando y muchas almas están pereciendo sin conocer al verdadero Dios a quien nosotros adoramos. Vayamos todos con el mayor placer a dar a conocer al mundo el amor de nuestro Salvador.

Elena G. de White escribió: «Los medios para lograr el mejoramiento están al alcance de todos. Entonces, que ninguno defraude al Maestro cuando él venga buscando fruto y se le presenten solo hojas. Una determinación firme, santificada por la gracia de Cristo hará maravillas» (*Testimonios para la iglesia*, t. 5, p. 380).

No fuimos plantados para ser higueras infértiles en la viña del Señor, cada uno de nosotros debe llevar almas a los pies de Cristo como frutos para la eternidad.

Si cada uno trabaja día a día mostrando a Jesús en su vida y dando lo mejor, cuando Cristo aparezca recibiremos de las manos de nuestro Salvador esa corona de gloria inmortal, pues así lo prometió: *«¡Vengo pronto!, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra»* (Apoc. 22: 12).

Pr. Pedro A. González Morales,
Asociación del Sur,
Unión Mexicana de Chiapas.